

á empeñar la batalla sin su auxilio, le mandaron á decir que les aguardara que querian tomar parte en el combate. «Así lo hicieron, dice el historiador, para que luego no se supusiera que se habian abstenido por miedo y no por agravio de la muerte de su caudillo.»

Exterminados los ostrogodos, quiso aprovechar Sindual la confusion para formarse un señorío independiente en las montañas donde habitaban los breones; pero Narses le hizo prisionero y le mandó ahorcar.

Procopio refiere además lo que le contaron muchos hérulos en el ejército de Belisario y en Constantinopla sobre el país á orillas del Danubio donde vivian. Estos datos son naturalmente en parte fábulas; pero en el fondo están basados sobre sucesos reales. Resulta de ellos que los hérulos, siempre inquietos y belicosos, habian sometido muchas tribus vecinas en la orilla septentrional del Danubio, entre ellas la de los longobardos antes del año 491. Tres años despues, cansados de paz por no tener mas enemigos que vencer, importunaron á su rey Rodulfo llamándole cobarde afeminado para que atacase sin motivo ni siquiera pretexto otra vez á los longobardos. Sorprendidos estos, alegaron que siempre habian ido pagando puntualmente el tributo convenido; que en el caso de haberse equivocado ó mermado en algo las cantidades debidas, se ofrecian á pagar la multa que se les impusiese, y que estaban prontos tambien á satisfacer en adelante mayor tributo, si sus vencedores no consideraban suficiente el estipulado. Pero de nada sirvieron estas ofertas; el rey hérulo despidió tres embajadas sucesivas con terribles amenazas, y entonces los desgraciados longobardos clamaron al cielo pidiendo un juicio de Dios, en el caso de que por necesidad se viesen obligados á defender sus vidas. Libróse la batalla; los hérulos envalentonados por su gran número no hicieron caso de los signos celestes y presagios amenazadores, y perdieron junto con su rey la mayor parte de su gente. No teniendo ya fuerza para hacer frente á sus vecinos tanto tiempo maltratados y deseosos de vengarse, diéronse prisa á evacuar el país con sus mujeres é hijos y subieron por la orilla del Danubio. Los longobardos contaban estos sucesos al revés, atribuyéndose ellos la culpa de la guerra, conforme se lee en Pablo Diácono que lo supo por ellos mismos. Dice así Pablo Diácono: «El hermano del rey de los hérulos, Rodulfo, de vuelta de una visita al rey longobardo Tato, hubo de pasar por delante de la morada de su hija Rumetruda. La muchacha, sorprendida de tan apuesta y noble comitiva, trató de saber quiénes eran, y enterada de ello, invitó al caudillo á aceptar una copa de vino. Aceptóla el caudillo sin malicia alguna, pero al ver que la jóven observando su pequeña estatura se burlaba de él y le insultaba con palabras inconvenientes, la contestó encendido en cólera avergonzándola á su vez de tal manera, que ella no pudiendo ya contestar juró en su interior vengarse. Disimuló entonces su despecho, y fingiendo gran mansedumbre, púsose risueña, tranquilizó á su huésped con expresiones amables y le invitó á que tomara asiento junto á una ventana que con feroz astucia habia tapado con un precioso tapiz. En seguida avisó á sus criados y les mandó que cuando ella dijese al copero «echa,» ó mejor dicho «mezcla,» (pues se mezclaba el vino con agua en los vasos de los huéspedes), traspasasen desde fuera con sus lanzas al confiado príncipe. Así se hizo y por este motivo el hermano de la víctima, el rey Rodulfo, emprendió la guerra de exterminio y de venganza. Esto era en el año 494 y sigue la leyenda: «Confiando en la práctica y valor de sus hérulos, por estar siempre guerreando con todo el mundo y haber vencido tantos pueblos, no dudó el rey de la victoria y quedó durante la batalla tranquilamente sentado en el campamento jugando á las tablas, despues de ordenar

á uno de sus siervos que subiera á un árbol y desde allí observara la marcha de la accion, pero prohibiéndole bajo pena de muerte que le dijera que los suyos huian. Bien vió el vigia el creciente aprieto de los hérulos que combatian segun su costumbre casi enteramente desnudos, ya para tener mas libertad de movimientos, ya para mostrar al enemigo sus heridas y el poco caso que hacian de ellas; bien vió que los longobardos los iban arrollando; pero temiendo el castigo contestó invariablemente á las preguntas del rey: «no pueden pelear mejor.» Al fin, cuando vió que todos daban la espalda al enemigo, no pudo resistir mas, y aunque ya demasiado tarde, gritó al rey: ¡Ay de tí, pobre hérulo, la ira del Señor viene sobre tu cabeza! Espantado le preguntó el rey: ¿mis hérulos huyen? á lo cual contestó el vigia: «Tú lo has dicho, no yo.» Entre tanto llegan los longobardos haciendo gran carnicería; el rey con su escolta ya no vacila y lucha con valor hasta morir, mientras que los suyos huyen en todas direcciones tan aterrorizados y cegados por obra del cielo, que tomando los verdes campos de lino por las olas del rio se arrojan á ellos con los brazos extendidos creyendo poder atravesarlos á nado. Allí fueron muertos como rebaños de animales indefensos por los longobardos. Interesante es este caso de alucinacion que presenta uno de los rasgos principales del dios Vodan, y que se ha conservado bajo innumerables formas en muchas tradiciones, leyendas y cuentos populares, ya trágicas ya divertidas de los pueblos germánicos. Como trofeo se llevó el rey de los longobardos el yelmo de combate y la bandera «que llaman bando» del rey Rodulfo.

Desde entonces los hérulos, debilitados y reducidos en extremo, no eligieron mas rey; porque generalmente se ve, dice Pablo Diácono, que los pueblos bárbaros eligen rey cuando van pujantes y no en la desgracia. Sin embargo, despues vuelve á hablarse de uno. En su huida, pues no era otra cosa su emigracion, hicieron alto en el país que los rugios acababan de abandonar para marcharse con los ostrogodos á Italia; pero asolado como estaba el país, obligóles el hambre á ir mas adelante hasta llegar al de los gépidos, que despues de admitir á los fugitivos sin hogar ni patria, acabaron por oprimirlos y atacarlos. No pudiendo resistir los hérulos pasaron el Danubio y el emperador Anastasio, que reinó desde 491 hasta 518, les designó territorio donde establecerse. Libres ya de miseria, no tardaron en volverse insolentes contra sus protectores los romanos; pero fueron pronto escarmentados y solo á fuerza de muchas instancias y súplicas lograron ser perdonados y tolerados como pueblo sometido á medias, con el pacto acostumbrado de pelear contra los enemigos del imperio cuando este los llamase. No por esto supieron mantenerse en paz ni cumplir lo pactado, hasta que Justiniano les designó mejores tierras y fuertes anualidades en dinero á condicion de hacerse cristianos y servir en sus ejércitos. No tuvo inconveniente su rey Getes ó Gretes en marchar á Constantinopla y recibir allí el bautismo; pero no habiendo variado por esto su índole errante y excitable que destruía todos los cálculos y trabas, no tardaron en hacer traicion á los imperiales y volver á su paganismo. Procopio, tan justo con los ostrogodos, dice de los hérulos: «De repente manifestóse el genio iracundo de este pueblo, sin motivo alguno, contra su rey Ocon (quizá el sucesor de Getes), á quien mataron por la sola razon, segun ellos, de que no querian mas rey, á pesar de que no se distinguia en nada de su pueblo excepto en el título; porque en las reuniones y en los banquetes se presentaban todos los que querian, se sentaban donde les acomodaba y le trataban á él con insolencia. Apenas le habian muerto, cuando cambiaron de parecer; declararon que sin caudillo y jefe no podian

vivir, y despues de muchas consultas resolvieron llamar á un miembro de la familia real de la isla de Tule (1). Cuando vencidos por los longobardos emigraron, y una parte de ellos pasó el Danubio refugiándose en territorio romano, es decir en la Iliria, resolvió otro grupo no pasar el rio y no someterse á los romanos. Caminó pues adelante este grupo, conducido por varios miembros de su familia real al través de muchas tribus eslavas saliendo victorioso de todos los encuentros, hasta que llegó al país de los varnos (que segun Procopio vivian junto al Báltico), y de allí al último extremo de la tierra firme donde empieza el mar. Allí se embarcaron estos hérulos y llegaron á la isla de Tule, donde tomaron tierra y se unieron al poderoso pueblo de los gautos.»

Esta relacion de Procopio puede admitirse como perfectamente verídica, solo que él ignoraba que esta emigracion hácia el mar del Norte ó el Báltico no era mas que el regreso á su patria anterior, donde ciertamente debian de haber quedado algunas tribus, como quizás tambien en Suecia y la Gotlandia, cuando las otras se marcharon al Sur; y de todos modos tenian allí tribus afines suyas y amigas. Así resulta que los hérulos sometidos á los romanos al ir á buscar un rey á la isla de Tule no hacian mas que ir por él al país del cual descendian y donde probablemente habia quedado el tronco mas antiguo. El hecho es que encontraron muchos descendientes de la primitiva raza real, de modo que podian escoger á su gusto, lo cual hicieron; pero apenas habian llegado á su vuelta (de Escandinavia se entiende) al país de los daneses, murió el candidato electo, y hubieron de volver atrás á buscar otro llamado Todasio, dice el autor griego, quizás por Toda ó Teodahado. Este, acompañado de su hermano Aorda y una escolta de cuatrocientos jóvenes armados, marchó con la comision hácia el Sur. Durante el mucho tiempo que duró la ausencia dijéronse los hérulos que habian obrado tontamente al enviar por un rey á su tierra sin la vènia del emperador Justiniano; lo cual significaba la creciente preponderancia del partido afecto al imperio y quizás del cristianismo sobre la religion infante y pagana, division que hemos visto declararse tambien entre los visigodos. Enviaron, pues, una embajada á Justiniano con la solicitud de mandarles un rey de su gusto, lo cual se apresuró á hacer el emperador enviándoles á Suartua, hérulo tambien, pero desde muchos años establecido en Constantinopla y naturalmente celoso partidario de la religion cristiana y del imperio, muy propio para gobernador de aquellos germanos informales. Recibióle el pueblo con gran alegría, tanto mas, cuanto que no se salia de las estrechas atribuciones que la tradicion dejaba á los reyes. Quizás hubiera obrado con el tiempo de otro modo cuando se hubiese visto consolidado en su posicion; pero no llegó este caso, pues á los pocos dias de su investidura, llegó un mensajero con la noticia de que la comision enviada á Tule se hallaba ya de vuelta y estaba muy próxima. Suartua se apresuró á mandar á su encuentro una partida armada con orden de matar á los de la comision; pero vino otro mensajero diciendo que solo estaban á una jornada de distancia; entonces el pueblo entusiasmado salió á recibir al vástago de la antiquísima real familia, abrazando la causa de la libertad nacional. Suartua huyó á Constantinopla abandonado de todos; pero el emperador no le abandonó, antes bien al momento dispuso lo necesario para reinstalar á su protegido á la fuerza. Los hérulos lo supieron y rompieron el pacto hecho con el imperio, pasando á las filas de los gépidos sus vecinos y afines, que cabalmente se hallaban entonces en guerra con Justiniano. Llegó despues Suartua á la cabeza de

un cuerpo de ejército imperial, como antiguo jefe militar del emperador; atacó y castigó á los hérulos y gépidos reunidos, pasándose muchos de los primeros, sin duda los cristianos, á su partido, y Aorda, hermano del rey, que mandaba las fuerzas hérulas y gépidas, quedó completamente derrotado.

Esta es la última noticia que tenemos sobre los hérulos de la Iliria, que desde entonces desaparecieron para siempre de la escena, ya porque unidos á los gépidos fueron exterminados con ellos por los avares y por sus antiguos enemigos los longobardos, ya porque quedasen exterminados desde luego. Los del Norte de Europa desaparecieron igualmente, fundidos los de las islas y Suecia con los gautos, y los de las costas alemanas (si algunos quedaron en 540) con los daneses, jutlandeses y anglo-sajones.

Muy instructivas son estas relaciones, porque tambien la tradicion pura es el reflejo de la vida real. Así se desprende de las tradiciones hérulo-longobardas que la monarquía y la civilizacion en estos pequeños grupos germánicos eran análogas á las de los otros pueblos de esta raza, de los cuales como mas poderosos hemos podido dar mas pormenores. Allí vemos en la morada de la hija del rey longobardo y en los sucesos ulteriores que habia siervos ó esclavos, copero ó escancador, séquito ó escoltas armadas, tapices, yelmos y estandartes reales; pero nada de trono. Característico es como para el griego Procopio no merece el nombre de dignidad real la que describe como en uso entre este pueblo tan rudo como excitable, y el afecto profundamente arraigado en él á su primitiva familia real, mas fuerte que todas las sugestiones de prudencia y de interés material.

Algunos han querido ver en los bávaros actuales descendientes de los hérulos; pero no hay nada de esto. El dialecto y las tradiciones populares de los bávaros prueban hasta la evidencia que son verdaderos suevos, es decir, marcomanos y acaso cuados.

## CAPITULO II

### LOS GÉPIDOS

Tambien pertenecen los gépidos á la raza goda, y emigraron, segun la tradicion conservada por Jordanis, con los demás pueblos godos de la Escandinavia, estableciéndose primero en la embocadura del Vístula á orillas del Báltico, y de allí, subiendo probablemente el rio hácia el Sur, formando siempre como la retaguardia de los godos en sus emigraciones; tanto que la tradicion, por el largo tiempo que siguieron á los godos, supone que les viene su nombre de *gepantu*, bagaje, si bien esta etimología no puede sostenerse. Como á todos sus afines, la tradicion los presenta, hasta su desaparicion de la historia, guiados ó acaudillados por reyes. El primero que se cita se llamaba Fastida. Habia este vencido á los borgoñones y á otros vecinos suyos, cuando quiso medir sus fuerzas, por el año 250, con el ya pujante pueblo godo reunido bajo el mando del rey Ostrogota. Pretendió Fastida que Ostrogota le cediese ciertos territorios por medio de los cuales los gépidos, ávidos de botin, pudiesen ser tambien vecinos limitrofes de las indefensas provincias romanas, de las cuales veian á los godos volver continuamente cargados de riquezas. Rechazadas estas pretensiones, llegaron ambos pueblos á las manos á orillas del rio Aucha cerca de la ciudad de Galtis, y quedando vencidos los gépidos, hubieron de retirarse á su antiguo territorio. Desde entonces no se oye hablar por mucho tiempo de ellos; es muy probable que cien años despues formasen parte del gran pueblo godo acaudillado por Ermanarico, y que luego fuesen sometidos por los hunos, bajo cuyo dominio debieron de hacer al principio un papel muy

(1) Se supone ser la Islandia por algunos, pero en este relato se ha de entender por la Gotlandia en la Escandinavia. (N. del T.)

humilde é insignificante: pero en tiempo de Atila aparecen de nuevo, bien que súbditos de este, con su rey particular, que Atila les permitía como á los godos y demás pueblos reunidos bajo su cetro. Tan grande habia ya llegado á ser la importancia de los gépidos, que su rey Ardarico figura por su talento y fidelidad á la cabeza «del enjambre de reyes vasallos del huno,» conforme leemos en la relacion de Jordanis, que por cierto ninguna simpatía tenia por los gépidos. Estos se distinguieron mucho en la gran jornada de Chalons en 451; pero muerto el terrible Khan, Ardarico fué el mas fiel y mas distinguido de sus vasallos, el primero que se levantó contra sus hijos desunidos é incapaces; hasta que dos años despues, en 453, fué roto para siempre el yugo huno en la batalla junto al rio Netad en Panonia (Hungria), quedando libres y con la cabeza erguida todas las tribus godas. Esta victoria debió dar á los gépidos un gran ascendiente tanto sobre las tribus libertadas como sobre las vencidas, conforme lo indica el hecho de haber ocupado aquellos á consecuencia de la victoria el fértil y disputado territorio de los hunos á orillas del Theis, en cuya posesion fueron reconocidos por el emperador bizantino Marciano que reinó desde 450 hasta 457, y que se aseguró de su amistad y relaciones pacíficas por medio de anualidades que no les faltaron hasta el tiempo de Jordanis. Sin embargo, estaba escrito que los gépidos jamás serian un gran pueblo.

Fué creciendo desde entonces el poder de los ostrogodos en aquellas regiones orientales, como pueblo mas numeroso, y luego por las cualidades de sus reyes de la familia de los amalos; y cuando por el año 470 se unieron los gépidos á otras tribus germánicas y eslavas para destruir tan temible preponderancia, hubieron de pagar esta tentativa con una grandísima derrota á orillas del Bollia. La emigracion de los ostrogodos de estos países dejó otra vez el campo libre á los gépidos que iban ocupando el país tras ellos, y llegaron á la importante plaza de Sirmio. Allí intentaron atacar á los ostrogodos para impedirles seguir su marcha á Italia, probablemente envidiosos del botín que harian; pero fueron vencidos y en gran parte obligados á seguir con las tropas victoriosas bajo el mando de Teodorico. Los que se quedaron en el país con su rey vencido Trafstila, se dividieron al parecer en dos grupos, porque al lado de Trasarico, hijo y sucesor del anterior, figura otro rey ó caudillo gépido llamado Gunderito, y entre los dos se proyectó una expedición comun contra Teodorico. Esta expedición no dió mas resultado que la evacuación de Sirmio en 504 por Trasarico, al saber que un ejército ostrogodo se acercaba; pero despues, cuando los ostrogodos se vieron compelidos á llamar todas sus fuerzas de los países fronterizos para combatir al enemigo en Italia, aprovecharon los gépidos la ocasión para extenderse y ver si podian introducirse tambien en las provincias romanas, ganosos de participar de sus riquezas. En 530 habian ya pasado el Danubio, pero fueron rechazados por las tropas de Amaluinta; y cuando Belisario diez años despues atacó duramente á los bárbaros en Italia, volvieron los gépidos á ocupar á Sirmio.

Al poco tiempo empezaron las hostilidades entre los gépidos y sus vecinos los longobardos, las cuales por efecto de la intervencion de los bizantinos, duraron con pocas interrupciones mas de treinta años y acabaron por el exterminio de los gépidos.

Atacados en efecto los longobardos por las fuerzas superiores de sus contrarios, solicitaron y obtuvieron la protección de Justiniano posteriormente al año 527. Empezó el emperador por retirar á los gépidos las anualidades estipuladas, en represalias de la ocupación de Sirmio; no quiso recibir siquiera á sus embajadas; mandó en cambio á los longobar-

dos un ejército auxiliar de 10,000 hombres, que en el camino tuvo ocasión de derrotar algunas hordas hérulas, aliadas de los gépidos; y en su consecuencia se apresuraron éstos á hacer las paces con los longobardos. Pero atendidas la índole de estos pueblos, su proximidad y la admisión de los hérulos entre los gépidos, mantúvose vivo el odio profundo entre unos y otros. Vino á separar mas y mas á los gépidos del gobierno oriental, su alianza con los hérulos que habian depuesto y arrojado del país al rey que el emperador les habia dado. No tardaron pues en volver á buscarse en son de guerra y con todas sus fuerzas Torisvinto rey de los gépidos, que quizás es idéntico á Turisino citado por Pablo Diácono, y Audoino, rey de los longobardos; pero por un milagro, dice una relacion semi legendaria, no corrió esta vez la sangre; porque en el mismo momento de empezar la lucha, cundió en ambos ejércitos un pánico tan misterioso, que simultáneamente echaron todos á correr, dejando solos en el campo, con su acompañamiento de costumbre, á los dos reyes, que en vano amenazaron y suplicaron cada uno á los suyos para que no le abandonasen. En vista de esto, se convencieron de que Dios no queria que se vertiera esta vez sangre y convinieron en una tregua de dos años para conciliar pacíficamente sus diferencias. Aunque esta es una simple tradicion y tiene un fuerte tinte de fábula, el hecho es que hubo una tregua en el año 549 y quizás tambien en el año anterior; pero no habiéndose entendido las dos partes durante esta tregua, encendiósse de nuevo la lucha. Para resistir á los longobardos, reforzados con tropas bizantinas, aliáronse los gépidos con hordas hunas, pero otras hordas de la misma procedencia los atacaron y vencieron, de modo que esta vez tambien tomaron el acuerdo de hacer la paz con el emperador, procurando los medios de ganar su voluntad. No pudieron sin embargo obtenerla, porque habiendo pasado con su auxilio algunos merodeadores eslavos al territorio imperial de la otra orilla del Danubio, el emperador vió en este hecho una infracción del convenio de paz y envió un nuevo cuerpo auxiliar á las órdenes de Amalfrido, hijo del rey de Turingia Hermanfrido y de Amalaberga, hija del rey Teodorico, el cual con los longobardos derrotó y castigó en 551 á los gépidos. Escarmentados éstos hicieron la paz con los dos aliados y enviaron al emperador contingentes que fueron incorporados al ejército de Narses que operaba contra el rey Totila en Italia.

A esta época de paz entre los dos pueblos corresponde el relato, muy adornado indudablemente por la tradicion, que sobre el reino de los gépidos se traza en líneas generales por los historiadores.

Waco, sobrino y asesino del rey longobardo Tato, habia usurpado su corona y arrojado del territorio al hijo de su tío Hildices, el cual despues de muchas aventuras se refugió entre los enemigos de su tribu, los gépidos, que en guerra con los suyos le acogieron bien y resolvieron restaurarle en el trono de su padre, con la esperanza de zanjar así de una vez y para siempre la inveterada lucha entre ambos pueblos. Resultó sin embargo, como ya hemos visto, que sus protectores se vieron obligados varias veces á hacer la paz con los longobardos, y en uno de estos tratados, Audoino, rey de los longobardos, les impuso la condicion de que le entregasen al pretendiente Hildices como prenda de la nueva amistad. El usurpador y asesino Waco habia muerto y lo mismo su hijo y sucesor Waltaris (Gualtero). El sucesor de éste, Audoino, era vástago de otra familia muy distinta de la anterior, conocida por la litinga; pero por esto mismo tenia mayor interés en hacer desaparecer á todos los miembros de la de Waco como mas antigua á fin de asegurarse la posesion del poder. Los gépidos no podian ni querian romper las nego-

ciaciones de paz ni menos volver á la guerra, pero tampoco querian faltar á la hospitalidad y entregar á su protegido en manos de su enemigo. Para salir del compromiso le dijeron que se fuese á buscar refugio en otro país, y así tuvo que hacerlo. Errante otra vez con su séquito de 300 parciales longobardos reforzados con algunos gépidos, pasó el joven toda clase de aventuras, peleando en Italia con los bizantinos, pasando luego al país de los eslavos y despues á Constantinopla, donde fué bien recibido por el emperador que le confió el mando de una seccion de su guardia de palacio. Sabido esto por Audoino, reclamó del emperador, su amigo y aliado, la extradición del fugitivo, el cual para mayor seguridad huyó secretamente del palacio á la Tracia donde reunió un número bastante de longobardos para hacer frente á los bizantinos enviados en su persecucion. En efecto, mató á los jefes enemigos, y huyó otra vez con ánimo de refugiarse en el país de los gépidos, que por desgracia suya se hallaban entonces en paz con el imperio de Oriente y con los longobardos. No bien se supo la llegada del príncipe, cuando el emperador irritado por una parte y el rey longobardo por otra, reclamaron del rey gépido Turisino como prueba de lealtad y reciente amistad la entrega del fugitivo, enemigo de ambos. Turisino no sabiendo qué hacer consultó el caso con los nobles de su pueblo, pero éstos dijeron: «Que se pierda primero toda la raza gépida con mujeres é hijos antes de mancharse con semejante crimen de lesa hospitalidad.» Grande era el compromiso del rey. Despues de mucho pensar sobre el modo de salir airoso, cayeron sus consejeros en la cuenta de que en la corte del rey longobardo vivia tambien un príncipe gépido fugitivo, porque Turisino tampoco era rey legítimo, sino Ostrogoto, el único hijo del difunto rey Elemundo, que por ser muchacho menor de edad no habia podido ocupar el puesto de su padre, y se habia refugiado en el país de los longobardos para librarse de la suerte que le esperaba si continuaba á la vista de Turisino. Creian pues que contestando á la exigencia de sus dos adversarios con otra igual, quedarían las cosas como estaban, pues que ni longobardos ni gépidos se atreverían á cometer tan indigna traicion en la persona de su respectivo huésped; pero no fué así; los dos usurpadores se entendieron y desembarazaron uno al otro secretamente del respectivo pretendiente.

Para fortificar los lazos de amistad entre los reyes se habian casado Waco el longobardo, con Ostrogota hija del rey gépido; pero ya se ha visto que esta union no pudo impedir nuevas guerras. A la sazón convinieron Turisino y Audoino en que el primero apadrinaría al hijo del segundo, Alboino, en la ceremonia germánica de armar á este joven con lanza y escudo como hombre ya hecho; suceso extraordinario por sí, atendido el odio inextinguible que separaba á los dos pueblos, pero mas todavía por pasar Alboino, el héroe favorito de muchas leyendas germánicas, por haber dado muerte á Turismodo, el hijo de su padrino de armas Turisino.

El caso fué que al volver los longobardos á su país victoriosos de la misma batalla en que murió Turismodo, en el año 551, quisieron que el rey Audoino, padre del joven héroe Alboino, permitiera á su hijo comer con él en una misma mesa, pues era muy justo que aquel cuyo valor personal habia decidido la victoria, habiéndose mostrado digno compañero de su padre en el peligro y en el combate, lo fuese tambien en los banquetes; pero el rey les contestó que no podia hacer esto sin faltar al uso tradicional del pueblo, y les dijo: «Bien sabeis que entre nosotros no se pone el hijo junto con su padre á la mesa hasta haber sido armado por un rey ó caudillo de otro país.» Por eso Alboino se fué con un séquito de cuarenta jóvenes á la corte del rey Turisino para suplicarle le pusiera las armas. Fué recibido con gran amis-

tad, invitado á la mesa del rey y colocado á su diestra en el mismo puesto que poco tiempo antes habia ocupado su hijo Turismodo, muerto por su joven huésped. En el curso de la comida no pudo menos el rey de recordar la pérdida de su hijo, y suspirando lleno de tristeza decir: «¡Ay de mí, tan caro que me es este puesto, y tan penoso ver en él á este hombre!» Estas palabras conmovieron al otro hijo, Cunimundo, hermano del difunto, y no pudo menos de dirigir algunos apodos é improprios á los huéspedes, conforme estaba muy en uso en aquellos tiempos entre diferentes pueblos, siendo el que se aplicaba á los longobardos el de «yeguas cuatralbas» por las correas de este color que usaban en su calzado. A este insulto contestó uno de los huéspedes diciendo al hijo del rey: «Sal al campo; ahí verás cómo saben dar coces las que tú llamas yeguas cuatralbas; ahí yacen esparrados los huesos de tu hermano como carroña abandonada.» Al oír esto levantáronse furiosos los gépidos para vengar el insulto, y los longobardos se prepararon á la defensa poniendo mano á sus espadas; pero el rey saltó de su asiento y se arrojó entre los dos bandos amenazando á los suyos, que castigaria al que empezara la lucha, «porque, dijo, no seria del agrado de Dios una victoria alcanzada sobre un huésped que se matara en la casa donde se alberga.»

Apaciguáronse todos y el banquete siguió adelante alegre y en buena armonía. El rey hizo presente á Alboino de las armas de su hijo Turismodo y le envió sano y salvo á su tierra, donde al momento fué admitido por su padre á la mesa, y todos alabaron el arrojo del príncipe y la noble rectitud del rey de los gépidos.

De este cuento resulta que en aquella época la corte del rey tanto entre gépidos como entre longobardos, era ya una especie de centro de honores y distinciones especiales; que eran generales las costumbres de dignidad, hospitalidad sagrada, y arrojo para arriesgarse á pedir hospitalidad y armas á un rey enemigo; que se tenia en grande estima la noble generosidad de un rey afligido é insultado, y finalmente que entre los dos reyes usurpadores existían á causa de la comunidad de intereses relaciones amistosas. Estas, por desgracia, no estaban destinadas á ser transmitidas á los hijos y sucesores de ambos.

Apenas hubieron muerto Audoino y Turisino, y sucediéndoles sus hijos Alboino y Cunimundo, cuando se encendió entre ambos la guerra, dando quizás el último el motivo, ansioso como estaba de vengar la muerte de su hermano y la última derrota. Además le eran entonces mas favorables las circunstancias por haber muerto tambien el emperador Justiniano, y mantenerse su sucesor Justino neutral en la contienda entre gépidos y longobardos. Alboino, falto del auxilio de las tropas bizantinas, se dirigió en 566 al Khan de los avars proponiéndole atacar entrambos á los gépidos y despues al mismo imperio de Constantinopla, y prometiéndole desde luego abandonar todo el territorio de los gépidos, la mitad del botín, y hasta la décima parte del ganado de los mismos longobardos. Aceptó el avar, y cuando Cunimundo supo el peligro que le amenazaba dirigióse al emperador implorando su auxilio ofreciéndole la cesion de Sirmio y de todo el país hasta el rio Drave. Acordándose el emperador de la falacia y mala fe de los gépidos, vaciló mucho tiempo antes de prometer su auxilio, y lo negó del todo cuando se le presentaron los embajadores longobardos y le enteraron de las quejas que tenian contra los gépidos. Salíó Cunimundo con los suyos al encuentro de los longobardos que se iban acercando mientras los avars cayeron sobre el país por el lado opuesto. Cunimundo entre dos enemigos determinó combatir primero á los que tenia delante, y dirigirse despues